

APRENDER A SOLTAR

Desde la muerte de mi padre nunca había vuelto a casa. La cerré el día después y me alquilé un departamento en el centro. De esto pasaron cinco años. Cuando me fui dejé muchas cosas personales en ella. Recuerdos que se me hacía pesado llevármelos quedaron en mi dormitorio, en un baúl, bajo llave.

Una mañana, preparándome para ir a trabajar, recibo un mensaje de mi sobrina que vive en Nueva York, comunicándome la hermosa noticia de que se iba a casar y que la haría muy feliz contar con mi presencia en la boda. También me pedía un favor enorme: quería usar mi vestido de novia, aquel que me hice hacer con mucha ilusión pero que nunca pude usar. Un frío helado corrió por todo mi cuerpo, desempolvar esos recuerdos tristes me arrastraron hacia un tiempo que no quería recordar. Me dolió el corazón de sólo pensarlo; pero ¿cómo negarme al pedido de mi única sobrina?; con dolor me encontré escribiendo un mensaje de texto en el celular que decía: “Querida Lucila, sería un placer enorme para mí que ese vestido cumpla la función para la que fue diseñado y qué mejor que seas vos la que le dé vida. Con mucho gusto te lo enviaré ni bien lo recupere de la casa de tu abuelo. Con cariño, tía Zuly”.

No sabía dónde había guardado las llaves, comencé a revolver cajones, cajas y cajitas hasta que al fin las hallé; una vez que las tuve en mis manos me tembló el cuerpo. Sólo pensar que iba otra vez a atravesar la puerta que antaño me encantaba traspasar, me provocaba una enorme angustia, porque del otro lado ya no había nadie para recibirme. Sólo oscuridad, polvo y vacío.

Ir a dormir con ese problema en la cabeza me produjo sueños extraños donde me veía niña por momentos, adolescente en otros y hasta llegué a vislumbrarme vestida de blanco siendo entregada por mi padre en el altar. Prendí el velador, acomodé las almohadas, me puse a leer hasta que el sueño apareció y dormí hasta que el despertador marcó las cinco, hora de empezar la rutina diaria, ducharme, prepararme el desayuno, elegir qué me iba a poner de acuerdo a la temperatura ambiente, alimentar a mis gatitos, prender la radio para enterarme de las noticias, que como de costumbre eran terribles; hacer la cama, dejar la casa más o menos acomodada, y partir para la oficina. Todo igual, todos los días lo mismo. Hacía rato que mi vida no tenía variantes. Sin embargo hoy sería diferente.

Salí de la oficina y me dirigí a la casa de mi padre. Abrí la puerta, el silencio me invadió, la casa parecía dormida, una penumbra de polvo cubría los muebles y las cortinas que enneguecían las ventanas. Sentía el vapor helado que había dejado el tiempo. Debía adentrarme hasta lo que fue mi cuarto para llevarme aquello que deseaba encontrar. Desde la cocina me llegó su voz, diciéndome: - está en el armario blanco de tu dormitorio- envuelto en papel azul como tus padres lo guardaron, para que conserve el color.

Fui al armario y en efecto ahí estaba, envuelto en papel celofán azul intenso, había conservado todo estos años el color y el perfume que me había puesto ese día, lo recuerdo como si fuera hoy, Chanel N° 5. Lo desenvolví con cuidado, mi primer intento fue probármelo pero luego me miré al espejo y vi que mi cuerpo había cambiado, los años en mí sí que habían pasado. Lo tomé con cuidado, lo guardé dentro de un bolso y me estaba yendo cuando volví a escuchar esa voz:

-¿Lo vas a usar al fin? Cuánto me alegra, señal de que encontraste el amor; te lo merecés, sos una gran mujer.

Como loca me encontré respondiendo:

-No es para mí, es para mi sobrina, se casa y lo quiere usar, pero: ¿qué hacés en esta casa? ¿Por qué volviste?

-Sabía que este iba a ser un momento difícil y cómo siempre quise estar a tu lado para apoyarte. Me parece una buena decisión la que tomaste. Ese vestido fue diseñado para una mujer muy feliz, no para estar encerrado en el armario, triste, oscuro.

-Ese vestido fue diseñado, como vos decís para nuestra boda, pero el destino hizo una jugada ese día y en vez de llevarte a la Iglesia te llevó al hospital, de dónde nunca regresaste.

-No sabés cuánto lo siento, realmente estábamos destinados a ser felices. Pero vos todavía podés intentarlo, te veo triste en tu departamento, con una vida rutinaria, aburrida. Vos no eras así.

-Después de tu partida y ahora la de papá me pesa la vida Agustín. Pienso muchas veces terminar con todo y reunirme con ustedes dondequiera estén.

-No, no mi querida, la vida para vos tiene preparados hermosos momentos todavía, ¿pero sabés por qué no los podés ver? Porque no me soltás. Estoy amarrado en tus pensamientos, en tu departamento, por dónde vayas. Soltame Zuly, deja que me vaya así ambos podremos continuar con el camino trazado.

-No es fácil Agustín; no es fácil.

-Yo te ayudo, hoy cuando te vayas a dormir, quiero que digas esta frase varias veces hasta que sientas que realmente yo salí de vos. Quiero que repitas: “por qué te amo te libero...”

-¿Eso nada más?

-Eso es todo lo que te pido. ¿Lo vas a hacer?

-No te prometo que pueda pero lo voy a intentar. Ahora ¿nos vamos? Tengo que despachar este vestido para que llegue cuanto antes a destino.

Di un recorrido final por esa casa dónde había sido tan feliz. Todo quedó oscuro y frío nuevamente. La voz se había ido. Cerré la puerta y me fui a mi departamento. Armé la encomienda, cené y me fui a dormir. Estando en la cama me acordé de la voz de Agustín y su pedido de libertad, me reí, incrédula de lo que iba a hacer, pero ¡qué se podía perder con intentarlo! Así que cerré mis ojos, y comencé una y otra vez a repetir: “porque te amo te libero...”, hasta que mis ojos cayeron pesados en un tranquilo sueño.

El despertador me sobresaltó, hacía tiempo que no me despertaba con él, por lo general ya estaba despierta después de haber pasado mala noche, sin embargo me sentía muy descansada, hasta tenía ganas de reír, de escuchar música, y por primera vez no sentía la angustia que oprimía mi corazón. Tal vez, haya resultado. Tal vez, nos hayamos soltado.